

LA RISA

NÚMERO ALMANAQUE
60 cént.



ENTRADA DE AÑO
LOS GUARDIAS. - ¡Vaya una uval.
EL CURDA. - ¡Pues supónrase...

Dibujo de Tovar.

ALELUYAS DEL AÑO



Se acaba el año. ¡Qué bien!
Requiescat in pace. Amén.

Los patos del veintidós
fueron gansos, vive Dios.

Entre la guerra y la *star*
no nos han dejado estar.

Disolución de Correos
y demás asuntos feos.

Los estudiantes en huelga
y calabazas de huelga

Se inaugura el Matadero
y asiste el señor Cordero.

Del expediente Picasso...
no hagas caso, no hagas caso.

Se fué Martínez Anido.
¡Cuántos Martínez se han ido!

Y se marchó don Millán,
y patatín, patatán.

Las Juntas ya están difuntas;
¡y que las entierren juntas!

Aunque rabie mucha gente,
se lo han dado a Benavente.

Se estrenan obras geniales
con pitas fenomenales.

Se fué Belmonte. ¡Qué horror!
¿Qué te hemos hecho, Señor?

Mas no hay que andar comentando
un veintidós tan nefando.

Comámonos doce uvas,
bebámonos doce cubas,

y armando la batahola,
celebrems la otra *bola*:

la negra del veintitrés,
¡*bola* final... de Piniés!

LA RISA.



La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. —TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

A Ñ O N U E V O

CRONICA



N año más? ¿Un año menos?

Un año. Ni más ni menos. Año que nos quitaremos de encima y de la propia cédula, usando del sagrado derecho de tener cada uno la edad que se le antoje. Tendrán uno menos la Loreto, Weyler y la Puerta del Sol, la cual, después de una cruenta, larga y peligrosa operación de apendicitis, y de una incisión en la vejiga de sus mingitorios, ahí está, convaleciente, con varias cicatrices, pero en *vías* de remozarse, gracias a la ortopedia municipal.

Fallece 1922. El pobre se ha ido comiendo todas las hojas del calendario; ha dejado el cartón a medio roer, y la ha *diñado* de un atracón de charadas y de cantares amorosos. Claro que a rey muerto, rey o presidente de república puestos. Al 1922 le endosamos un 3, nos llevamos *dos*, y decimos: «¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!...» A seguir viviendo, mientras caen, como las hojas secas, las hojas del almanaque de la vida. ¡A ver qué vida!

El 1922 (q. e. p. d.) ha sido pródigo en incidencias. Entre otras cosas, se inauguraron los autobuses; se quedó la raza sin toreros; hubo Exposición canina, escándalos en el Municipio, cuatro gatos en la Casa de fieras, broncas en el Senado; abortaron las Juntas, y se casó la de Garabatoechea, que no fué poco.

El Palacio del Hielo es cosa superbién; y sólo por contemplar la iluminación exterior se puede dar la «perra». Lo que ya no se debe dar tan fácilmente es el duro de entrada. No; porque con un duro y un poco de hielo duro, en compañía de una tanguista módica, establece uno en el Parque del Oeste el palacio de la frescura.

Pero, aparte las dichas variaciones, sin embargo, no han desaparecido ciertas cosas para que con el año nuevo fuviésemos vida nueva. No han desaparecido las timbas *bien*, ni el «paso del camello», ni el «trote de la zorra», ni el «vals del canguro», ni las dietas de los diputados. Las cosas y las casas continúan carísimas; la luz eléctrica se apaga a la hora de la cena, para que no veamos las bazofias que ingerimos; en las casas de huéspedes siguen dando filetes de ballena terca y ternera de cabra...

Sí, lector; todo está como siempre. Va usted a legalizar una herencia, pongamos por caso; va usted a heredar, al fin, a aquel tío segundo, por parte de padre, que no se moría nunca, y al cual hasta le hizo inmortal la Academia, para que se fastidiara usted y feneciera antes. Una vez huérfano de ese tío, encamínase al Ministerio una mañana de enero; mas, a causa de la lentitud de los tranvías, del paso de las manifestaciones, del barro, de las fechas festivas burocráticas y de otras cosas, no consigue adelantar nada, y llega diciembre frío, y todavía no le han despachado el expediente.

Usted juega a la Lotería, a ver si se desquita, y el gordo cae, *verbi gratia*, en Tapoco (Chile), o en Essen (Alemania), o en un barrio lejano; recibe usted una carta urgente, que cree relacionada con la herencia, y resulta que dice, poco más o menos:

El cartero de la vecindad
le desea felicidad...

Se come usted doce amargos granos de uva, y acaba los trescientos sesenta y cinco días con la extirpación violenta de su más estimado y delicado callo, en la Puerta del Sol, delante de todo el mundo, mientras cae la iluminada bola pesadamente, como si cayera en su propio y dolorido dedo gordo. Tal es el año, en suma: una ficción indigna, una mentira más, ¡ay!, desprendida del árbol del corazón... Ya lo dijo alguien: «Los años son cifras que hacemos en el aire con los dedos.»—J. B.

LOS CUATRO CHISTES MEJORES DEL AÑO 1922

SB honra LA RISA, y avalora sus páginas, seleccionando las cuatro caricaturas que, a nuestro juicio—no relativo, pero desde luego sincero—han destacado muy especialmente entre las que estos maestros de la caricatura española

actual han publicado en diversos diarios durante 1922. Por de contado, mucho ha decidido el azar en esta elección; pero no dudamos que ellas han de ser del mayor agrado de los lectores y recordadas con la admiración merecida.

CRÍTICO AUTORIZADO



—Joven... ¡Usted no sabe hacer eses!...

De A B C.—Dibujo de XAUDARÓ.]

ALPINISMO EN LA PUERTA DEL SOL



—Amable guardia, ¿se tarda mucho para llegar a la calle de Alcalá?

De La Voz.—Dibujo de TOVAR.

DESIGUALDADES IRRITANTES



EL BANDOLERO.—¡Y nosotros sin tener un concejal que nos defienda!...

De El Sol.—Dibujo de BAGARÍA.

LAS CLÁSICAS VERBENAS



—Mira, paloma... que hay veces que me acuerdo del tiro de pichón...

De Informaciones.—Dibujo de TITO.

EL REINADO DE LOS BARRENDEROS

FANTASÍA HUMORÍSTICA

En el país de Flamenquilandia, de instituciones arcaicas y diez veces seculares, todo se estaba desorganizando y disolviendo... Los ministerios se sucedían en rápidas y violentas crisis; se multiplicaban los tumultos en las ciudades importantes; la Hacienda se arruinaba en un vergonzoso déficit... Déficit que nadie podía enjugar, como no se enjugaban las lágrimas de las madres que perdían a sus hijos en una guerra impopular...

Pero el conflicto se agravó en toda su «obesidad» cuando la Unión general de Barrenderos del Reino declaró la huelga total por ocho días. ¿Cuál era el motivo de la huelga? Si se ha de decir la verdad, el meollo de la cosa estaba en que no se habían atendido unas peticiones que el gremio había elevado al Ministerio del ramo.

Peticiones de índole económica, por supuesto, en las que se pedía la elevación del jornal de cada obrero barrendero en un 75 por 100, con la imposición de jornal mínimo de doscientos ochenta y siete reales por semana; jornal máximo... hasta el infinito; exención del impuesto de inquilinato, franquicia postal y otras zaran-dajas.

Pero como el gremio de barrenderos tenía al frente no a un barrendero experísimos, al más experto de los barrenderos, sino a un mozo ladino que hacía política desde lo alto de su «barrendería mayor», este *leader* del gremio de la escoba, Ramón Barral y Escobedo, decidió engranar esas peticiones de índole económica con otras de marcado tufillo político que esbozó en un documento prolijo y redactado con mala sintaxis, como es uso en estos documentos de protesta, pero en el que reumbaban las palabras justicia, libertad; opresión del pueblo y otros «truenos gordos» de la demagogia.

El documento causó profunda impresión en las esferas oficiales... Toda la prensa de la nación lo reprodujo, adornándolo de adjetivos encomiásticos.

«Los barrenderos han mostrado tener el espíritu cívico muy desarrollado...»

—Más valía que hubieran tenido desarrollado el brazo para barrer bien y en poco tiempo—arguyó algún chusco de tertulia de café.

Pero estas maledicciones deletzables eran ahogadas entre la ola de civismo... y de polvo que amenazaba asfixiar al país...

El documento fué leído y estudiado punto por punto en un Consejo de ministros. Dos o tres ministros se pronunciaron por la disolución del Cuerpo; pero la voz democrática del pueblo habló en labios de los ocho restantes, y acordaron que el documento barrenderil era «digno de ser estudiado» y «las peticiones atendidas en lo posible, después que el Gobierno las examine.»

Con esto, los dignos hijos de la escoba y la pala se crecieron... Una comisión de los más conspicuos visitó las redacciones de los periódicos para declarar que las peticiones económicas no tenían para ellos importancia alguna, y que de lo que trataban era de poner remedio a

los males que corroían la Nación, que trataban de regenerar la Hacienda esquilmada, de acabar con la guerra colonial, etc.

La Prensa les fué dando aire, y ellos se fueron remontando, subidos en sus escobas, como dicen que se remontan las brujas en sábado.

Los fotógrafos les retrataron en poses interesantes cuando visitaban las redacciones... El *leader*, D. Ramón Barral—porque ya había subido a la categoría de don—; otro, vicepresidente de la Comisión, Atilano Barrón y Plume-ro, y tres o cuatro *próceres* más...

A todos ellos los recibió un día, vencido por las conminaciones de la Prensa, el ministro del ramo... Y con él en su despacho—por cierto muy mal barrido, porque las barrenderas particulares participaban un poco de la holganza de los barrenderos oficiales—, conversando mano a mano, de potencia a potencia, se fotografiaron los directores de la huelga barrenderil.

¡Oh, qué día de emoción para Barrón y Barral, que nunca habían salido «en los papeles»! Digo mal: Barrón ya había figurado, y mucho, con ocasión del famoso crimen de la Cuesta de los Carros, en que su hermano Indalecio había sido el protagonista y su cuñada Isidora la víctima...

Fuera de eso, y de que Barral se hubiese asomado alguna vez a la sección de «Sucesos» porque en noches de sábado se había excedido en el uso del morapio y había «barrido» con sus ropas el santo suelo...

Pero en aquellos días Barral se tornó uno de los hombres más populares del país, ídolo de las multitudes... En el coloquio que sostuvo ante el ministro, vino a decir, poco más o menos: «Que el gremio de barrenderos protestaba contra la guerra colonial y pedía el castigo de los culpables, y quería regenerar la Hacienda pública... redimiendo al pueblo de gravámenes...»; y luego, por contra, y como quien no quiere la cosa...: «Que el Consejo concediera ese crédito de dos millones que se necesitaban para el pago del aumento de sus jornales.»

Hubo consejos de ministros, consultas a los jefes de minorías... El asunto merecía «detenido examen».

Pero los barrenderos, gentes expeditivas y acostumbradas a «barrer» todos los obstáculos, acordaron reunirse en un mitin monstruo.

Se pronunciaron discursos trebuchados de oposición al Gobierno y de mantenimiento de la huelga indefinidamente.

Barral hizo el resumen.

—Hay que barrer para dentro...—vino a decir en sustancia.

Un tímido se atrevió a insinuar desde la galería:

—¿Y si el Gobierno decidiera... barrernos a nosotros con las ametralladoras?

—¡Que se calle ese burgués, ese traidor vendido al oro de la reacción!—clamaron mil voces a coro.

Entre tanto, la basura se amontonaba en las calles y el polvo subía en nubaredas hasta los segundos pisos.

—Sería una indecencia... someterse al Gobierno—clamó Barral.

—Lo que es una indecencia es... como están las calles—gritó un espontáneo.

—¡Que se calle... que se calle..., y a la calle los golfos, los amarillos!

—¡A la calle vosotros..., a barrer!—gritó el ingenuo, poniendo pies en polvorosa.

Al día siguiente un periódico jocoso se atrevió a decir:

«Aquí todos somos muy dignos y muy honrados... pero la escoba no parece.»

El Gobierno por fin procedió con energía, disolvió el Cuerpo y nombró uno de barrenderos «honorarios».

Barral, con cincuenta amigos fieles, salió a la calle para oponerse a que barrieran los nombrados de Real orden... «¡No barrerá nadie si no barremos nosotros!», vociferaba... Pero el caso era que ellos no barrían.

La Policía dió una carga violenta, y en ella cayó derribado, entre otros *adláteres* suyos, el ínclito Barral.

—¡Muero por una causa noble y elevada!—gritó al caer pisoteado por los caballos de la Policía.

Las huestes que le quedaban se reunieron en un café de la esquina y proclamaron *leader* a Barrón.

—¡Barral ha muerto! ¡Viva Barrón!

Desde el suelo trasladaron a Barral, ya agónico, a una botica próxima.

—¡Viva la escoba libre en el Estado libre!

—clamó al expirar,

Y exhaló el último suspiro.

Como es natural, le recogieron en el carro de la basura.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

D E B E



—¡¡Doctor, le debo a usted la vida!!

—Sí, sí; y algo más...: las visitas...

Dibujo de IBÁÑEZ.

HISTÓRICO

Se inauguran en Tetuán unos W. C., que pasan al servicio de Intendencia. La orden de plaza dice que los oficiales utilizarán la parte norte; los suboficiales, la noroeste; los soldados, la sur...

Un «paisa» grita:

—Oye: tráeme la brújula, que voy a...

¡...!

En una de las más céntricas calles, leemos este peregrino aviso: «A causa del «lock-out» del ramo de la madera, no puede utilizarse este local para la instalación de un bar; en su lugar se dará el bonito espectáculo científico-moral de la «Transmigración de las almas.»

¡...!

ARITMÉTICA

—Niño: si tu madre compra cuatro kilos de uvas, a real cada uno, ¿cuánto gastará?

—Pues... nada, señor maestro. ¡Usted no sabe lo que mamá regatea!

LOS GRANDES DIBUJANTES EXTRANJEROS



Madama Furiosa.
POR Aubrey Beardsley.
(de 'Le Boucle Enlevée')



LAS MÁS DIVERTIDAS OCURRENCIAS DE NUESTROS AUTORES

Muy difícil es para un autor contestar justamente a la pregunta de cuál es su chiste preferido, no ya porque la cuestión apunta directamente a su modestia, sino porque, tratándose de ingenios cuyas obras están plagadas de chistes, ¡cualquiera señala el mejor de ellos! Y su autor es, acaso, el que menos acierta a señalarlo. Pero sólo las preguntas difíciles pueden tener respuestas interesantes. Y allá van muestras de ocurrencias muy celebradas de los más famosos autores:



Alvarez Quintero.

En la obra *El patio*.

- Me alegro de verles a ostés tan güenos.
- Gracias.
- ¿Están ostés güenos?
- Pues, hombre, ¿no acaba usted de decir que se alegra...?

López Marín.

En *Venus Salón*.

- M'an quedao estos dos pimpoyos, que también son muy desgraciaftas.
- ¿También?
- No han tenido madre, caballero.
- ¿Cómo no?
- Son hijas de un servidor y de una tía suya.

López Núñez y Muñoz Seca.

En *El rayo*.

«...El amo de acá es pa nosotros como nuestro padre, porque es el amo der pan de cada día; de moo y manera que usté es el padre nuestro, y como el pan nuestro de cada día es der padre-nuestro...»



Carlos Arniches.

En *Los aparecidos*.

- Tío Moro: no se ría usté del Purgatorio, haga usté el favor.
- Si es que yo no tengo miedo a eso. ¿Saben ustés por qué?
- ¿Por qué?
- Porque yo, gracias a Dios, soy ateo.

Paradas y Jiménez.

En *Las corsarias*.

- ¿Es usted española?
- No, señor; soy de América. Entré en el vapor corsario de marinera, y por haber cazado más hombres que ninguna, y por mi carácter guerrero, me hicieron capitana. Yo creo que no valgo tanto.
- Dice que no vale, y es guerrera, marinera, cazadora y americana...

Enrique García Álvarez.

En *El pobre Valbuena*.

- Señor Valbuena: ¿qué hay en el mundo mejor que una mujer?
- Dos.
- ¿Donde esté una mujer, que se quite todo!
- Que se quite todo.



Torres del Álamo y Asenjo.

En *El brillo de los cairesles*.

- Julia Solano, viuda de ídem.
- ¿De quién ha dicho que es viuda?
- ¡Míá que eres ignorante! Ídem es un apellido francés.

Parellada («Melitón González»).

En *La guelta é Quirico*.

Habla un quinto:

- En la melicia tóo está muy bien pensao y discurrío: al soldao más torpe se le nombra de rancho, y al más sucio, de limpieza; a mí me esquilaron la cabeza talmente como una calabazica vinatera, y aluego me arrestaron porque en la visita no tenía paine pa painarme.
- ¿Por qué esquilan a los soldados?
- Porque los coroneles son calvos.

Perrín y Palacios.

En *El barbero de Sevilla*.

- Servidor de usted.
- Muchas gracias. Ricardo Martín..., perito... agrónomo.
- Benito Sánchez, suscriptor de *El Imparcial*.

Antonio Paso (hijo).

Antonio Paso (hijo) nos dice que *siente debilidad* por uno de los chistes de su obra *S. M. la Verberna*, estrenada en el teatro El Paraíso por la compañía de Vallejo.



En la obra aparece un papá rodeado de muchos chicos, de toda una escuela. Entra con todos en el café, y cuando alborotan, él toca un pito.

—A esos pequeños los tengo en un puño.

—¿Por qué?—pregunta el camarero.

—Porque son gemelos...

(Esta salida siempre ha sido pateada, indefectiblemente; pero el chiste, contra viento y marea, es el favorito de su autor.)

Reparaz.

En *Lluvia de hijos*.

—Cuando se da una palabra a una señora, se la mantiene

—¿A la señora?

—¡No, la palabra!

Abati y Reparaz.

En *Tortosa y Soler*.

Una, examinando a un señor que se ha torcido un pie:

—Cref que tenía lesionado el peroné..., pero no...

Sánchez Pastor.

En *El tambor de granaderos*.

—A mí me está prohibido el copeo. No puedo beber más que un solo trago diario.

—Pero, ¿cómo es ese trago?

—Lo que se pueda resistir sin resollar.

—¿Y se aguanta mucho?

—Debajo del agua, medio minuto; debajo del vino, lo que se quiera

Paso y Abati.

En *El orgullo de Albacete*.



—...¡Quién me iba a decir a mí que aquel señor tan severo, que parecía un cuadro al óleo...!

—Iba a resultar un fresco, ¿verdad?

Dicenta (hijo).

En *El cuarto de Gallina*.

—¿Usted es el hijo de Gallina?

—Sí.

—¡Ah! ¡Está usted hecho un pollo!



Sinesio Delgado.

En *¿Quo vadis?*

—¿Eres de Macedonia, de Numidia o de Persia?

—De ninguna de las tres partes.

—Entonces, serás de Lydia.

—No, hija, no; desecho de tiena y cerrado.

Jackson Veyan.

En *Un punto filipino*.

—Este joven se llama Canuto... Es muy corto...

—Pues, usted dirá; pero le suplico que no sea muy largo.

—Si ya le han dicho a usted que soy muy corto...

A. R. Bonnat.

Entre amigas:

—Son muy bonitos estos trajes que te han traído de París. ¿Qué es esto que les cuelga?

—Son los marchamos de las aduanas.

—¡Ah! Entonces nosotras también somos de París.

—¿Por qué?

—Porque también nos marchamos.

Pedro Muñoz Seca.

En *López de Coria*.

—¿Su padre de usted era...?

—De Caballería.

—¿Coronel?

—¡Justo, coronel! Luis López Parra era su nombre. Un hombre modelo. Un gran militar. ¡Veinte campañas! ¡Cuarenta acciones! ¡Oh! Tenía una gran hoja de servicios. ¡Oh! Aun se habla entre sus compañeros de la hoja de Parra...



LA SEÑORA DE TAL Y CUAL

La señora de Tal y Cual ha tenido hoy un disgusto horroroso.

Ayer tarde, mientras lefa³ sus eternos «Ecos de sociedad», penetró en la sala el criado, un pobre chico acabado de extraer del pueblo.

—Señora: han traído un envoltorio.

—¿Qué es?

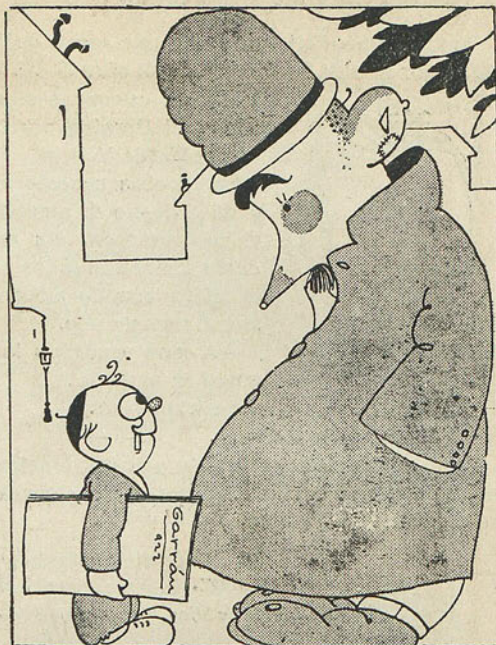
—No lo sé, mi señora... Creo que es... Verá la señora: parecen legumbres. De entre el papel sobresalen hojas verdes y unos rábanos o cosa parecida.

—Bien. No vayas a traerlo aquí. Métele en agua en el fregadero.

Esta mañana entró la señora en la cocina.

Vió flotando, en un barreño lleno de agua, las tales legumbres, y... lanzó un grito:

—¡Dios mío!... ¡Mi sombrero nuevo!...



—¿Y tú qué vas a ser cuando seas mayor?

—Un hombre ..

Dibujo de GARRÁN.

EL COLMO DE LA LIMPIEZA



—Mira, por allí va Carlos de militar.

—Chica, parece un rey.

—Sí, Carlos quinto.

Dibujo de OCHOA.



—Oye, Rufina: esta lechuga no la has lavado. Sabe muy mal.

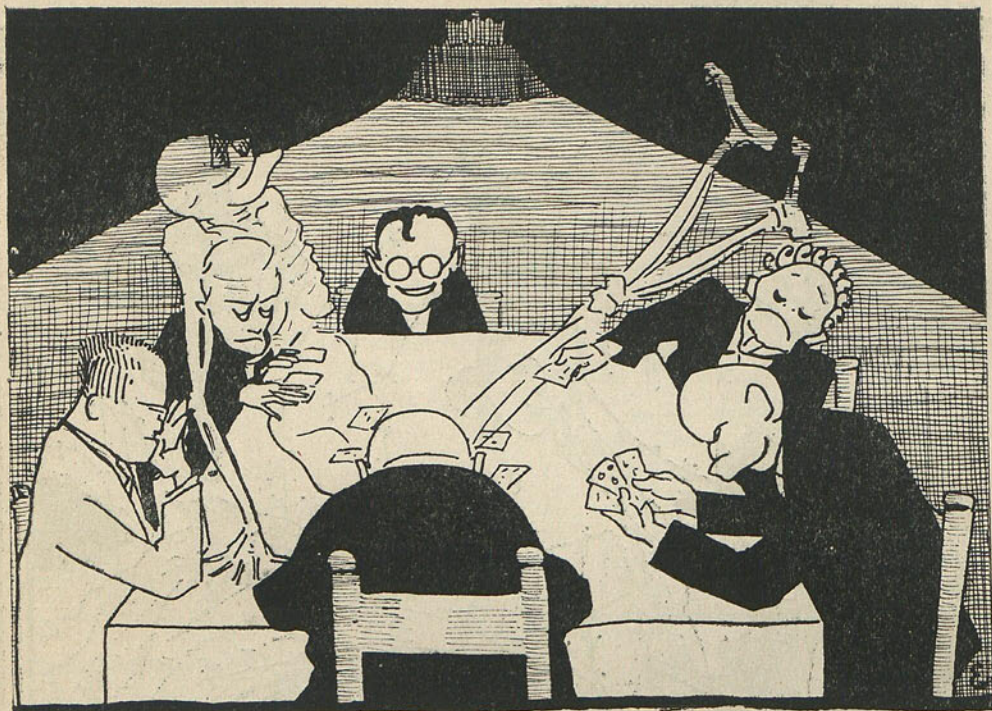
—Pues la *hi lavao* hasta con lejía...

Dibujo de SAINZ DE MORALES.

L A P R I M A V E R A



D I B U J O D E O C H O A



CERRARON LA PUERTA...

Cerraron la puerta
del negro aposento;
cubrieron la mesa
con un sucio lienzo,
y unos cabizbajos
y otros en silencio,
en torno a la mesa
tomaron asiento.

La luz de una lámpara
pendiente del techo
alumbraba a intervalos
la faz del banquero,
de barbas hirsutas,
perfil aguileño,
de manos rapaces,
de rostro agorero.

«Despertaba el día.»
Desfiló un sereno;
se escuchó una copla;
después ladró un perro;
y ante aquella escena,
y ante aquel silencio,
y ante aquellos rostros,
medité un momento:

«¡Dios mío, qué pronto
levantan un muerto!...»

Medí mis caudales;
palpé mi chaleco,
y sacando un duro,
lo puse a un *jamelgo*.
Salió el as de copas;
un tres salió luego;
después, una soja,
y al final, mi *penco*...

Extendí los brazos
por coger el premio;
palpé entre las sombras;
arañé el tablero
de la sucia mesa...
¡Te veo, Mateo!
¡Mi duro, en volandas
partió de los vientos!...

Entonces, lloroso,
amargado y trémulo,
con ansias de muerte,
con sentido acento,

con pena infinita,
medité un momento:
«¡Dios mío, qué pronto
levantan un muerto!...»

En las largas noches
del gélido invierno,
si escucho la bronca...
voz de los serenos,
si se oye una copla,
si ladra algún perro,
de mi pobre duro
con pena me acuerdo.

¿Quién fué el indecente?
¿Qué manos le hubieron?
¿Quién me limpió el duro
la noche del juego?
No sé; pero hay algo
que sufrir no puedo,
que hace hervir mi sangre,
que crispa mis nervios,
¡y es dejarse, incauto,
levantar un muerto!...

GONZALITO.



La Risa, por
Rackham
(DE AMIDSUMMER-
NIGHT'S DREAM)





¿Qué desea usted de los Reyes Magos en el próximo año?

Lector: el presente artículo está hecho con los pies. ¡Porque hay que ver los paseos que me he dado!...

Mas, a pesar de haber escrito con otros remos, espero sea grata esta encuesta, ya que en ella hablan bellas artistas.



Chelito.—Pues... Yo quiero que me traigan el próximo año aquella fe ingenua y ciega con que mi alma de niña creía que eran *verdad* los Reyes Magos...



Teresita Saavedra.—¡Hombre, que algo se le ocurrirá a usted, Teresita!—dije.

Teresita, que terminaba de prepararse para salir a interpretar una vez más *El Príncipe se casa*, me respondió, con esa gracia y simpatía que la hacen adorable:

—Bueno, eso de *hombre* me lo dice usted porque estoy vestida de caballero, ¿verdad?...

Reímos; y luego, ante mi insistencia, contestó a la pregunta:

—Yo quiero que me traigan lo mismo que en 1922... Yo me entiendo.



La Goya.—Aurora Jaufrett, la reina de las tonadilleras, me dijo:

—¿Que qué quisiera yo que me trajesen los Reyes? Aun a trueque de parecerles cursi, diré una vez más que adoro los muñecos, ¡pero de espíritu inquieto! Esta vez quisiera un muñeco de carne, gordo y colorado, y que me llamase ¡madre!... ¡Serían todas mis aspiraciones colmadas!...



Paquita Torres.—Yo deseo de los Reyes Magos un millón de pesetas.

La respuesta no es ingeniosa, pero es sincera.



Angelina Vilar.—A los Reyes Magos no les pido nada... Con que me conserven lo que tengo me conformo.



Luisita Esteso.—La pequeña y gran artista, que ha salido a sus papás, dice:

—Están los tiempos tan malos y se pueden pedir tan pocas gollerías, que con lo que buena mente quieran traerme me conformo.

Asunción Lledó.—La gentil y saladísima tiple del Victoria comenta:

—¡Pobres Reyes! Tan pocos como van quedando, y todo el mundo a pedirles cosas!... Yo, la verdad, no quiero que me traigan nada. Con que vengan a verme trabajar algún día me contento.

Irán los Reyes. Melchor, Gaspar y Baltasar no podrán dejar de ver a la Lledó. Y a la puerta de su teatro, alguna noche veremos camellos y sidecars cargados de bombones.



Emma Bernal.—La bellísima y gran actriz argentina de la compañía Muñio-Alippi, de la Zarzuela, amablemente, mientras se despintaba, decidida, contestó:

—Diga usted, Salas, que yo quiero que me traigan muchas, muchas simpatías, y muchísimos aplausos de los madrileños. Y seré completamente feliz.

Emma pide lo que tiene sobradamente. Me hace suponer que es, además de una mujer encantadora y una excelentísima actriz, una acaparadora. Y es la única vez que esta palabra está bien empleada.



Luisa de Lerma.—La linda y estupendísima bailarina dice que lo tiene que pensar; pero, a renglón seguido, lanza la respuesta:

—Quiero que me traigan un éxito muy grande para cuando debute en Maravillas.



Soledad Miralles.—La bailarina sevillana me contestó salerosamente:

—*Miá tú; di ques* quiero me echen una carta *disiendo* que yo tenía una tía en la Habana, y que la *probe s'ha* muerto, y *m'ha dejao* muchas *peseta*. Y si no te *parese* bien esto de la tía, *dices* *ques* quiero que me dejen *ar* Rey negro en *er barcón* e mi casa... con *arguno* juguetes *pa* que no se aburra...



Consuelo Hidalgo.—Quiero que me dejen el balcón lleno de *couplets* bonitos que encanten al público.



Egmond de Bries.—Yo quiero una caja de polvos, unas ligas de seda, una barra de carmín y una casa de muñecas.

Por las visitas,
NICOLÁS DE SALAS.



PROFECÍAS TRANSPIRENAICAS

UNA INTERVIEW A CONTRAFILO

Hállase accidentalmente en la corte madame Judith Labranle, de Neuilly-s-Seine, famosa pitonisa galaica, no menos célebre que su colega, ya en *fiambre*, madame de Thébes.

Ya debes conocerla, lector, pues todos los años envía a la Prensa una serie de trapisondas camelísticas que nos meten la víscera cardíaca en una ampolla de inyectables.

El presidente del Consejo de Administración de La Risa, no queriendo ser menos que los grandes rotativos franceses y españoles, y deseando averiguar el porvenir de algunas celebridades hispanas *con picao contrario*, para tranquilidad de nuestros cien mil lectores, me dió, no ha muchos días, un rato de caba fina, obsequiándome con un «Henry Clay», de Canarias, y unas zapañillas de orillo, y, tras algunos rodeos, me espetó:

—Me precisa, fantástico *Blas-Kito*, que vea usted mañana mismo a esa pitonisa y recoja de ella unas impresiones jacarandosas para el número almanaque.

—Le participo a usted, caro amigo, que chamúyo *très peu le français*.

—Es lo mismo; háblela por señas, so pretexto de que tiene usted oxidada la campanilla, o llévase de intérprete al ilustre queso el marqués de Lema.

—Haremos un pan como unas hostias; porque Lema, en cuestión de lenguas extrañas, está al nivel de las escupideras. ¡Con decirle que hasta hace unos ocho años próximamente creía que Hendaya era de la provincia de Huelva!.. Prefiero llevarme a Brocas.

—Tape, que *jiede* y no a ámbra. Vaya solo, y no prive a Romanones de ese prócer en salmuera...

Obedecí, sumiso y subordinado, y partí, en *tercera*, con rumbo al callejón del Alamillo, donde la nigromántica tiene su guarida. Tras de cinco tirones del cordón de la campanilla, y al ver que no me respondían, opté por colgarme de él, y hallándome en tan artística postura, abrióse la puerta y se apareció ante mí una horrible vieja que tenía por nariz un apagavelas. Llevaba un orangután sobre el moño y una lechuza en los brazos; y, casi a bocajarro, me erució este expresivo saludo:

—*Cochon! Qu'est ce que vous cherchez?*

—Estoy bien, gracias.

¿Y la familia?

—*Qu'est que cèla?*

Al espetarme esta frase sospechosa, miré, iracundo, al simio, que escarbaba en la cabeza del ogro, dedicado a la captura y consumición de bichos picantes.

—Conque *quesqueselá*, ¿eh? ¡Que se cree usted eso, pero que no entiendo de eso! Si le parece, llamaré al portero, que es de inválidos.

Al oír mis voces des-

templadas dejóse ver la adivinadora, y después de mil excusas en castellano *ful*, me franqueó la entrada.

Vestíase con una túnica color pus de emperador, cuajada de lagartos de aluminio, y a modo de corbata llevaba un calcetín escocés recién usado, con un trece bordado en tramilla, cubriendo su lacio cabello con una alambra de braser, en la que revolviáanse cinco ratas.

Pasé, previo permiso, a un cuarto misterioso empapelado con pieles de conejo de campo, donde, sobre una mesa de palo santo, tenía, entre otros objetos, un frasco de permanganato, una baraja, una raposa en huevos, media sandía y un ejemplar de *La Lidia*.

Sabedora del objeto de mi visita, exclamó, muy fina y amable:

—En *Paguis, mon cher*, estar malo el *negocio*. Los incautos que me mantenían bajaron con los francos, y, en vista de mi fracaso, pensé como vuestro *Tenogüo*: «¿Dónde mejor? En España, porque allí hay muchos más primos que tejas y son muy supersticiosos.» *N'est ce pas?*

—Evidente, *madame*. En España ser más tontos que una mata de habas, y creer en espíritus, en malos agüeros, con la tinta vertida, la sal, el escabeche, etc., etc. Aquí en todo creen menos en Romanones y en Lerroux...

—¡Oh, Romanones!... Yo ver en *Paguis* andar como el camello... Y Lerroux, ¿ser de Francia?

—No; de Sierra Morena. Ha terminado el bachillerato a los cincuenta años, y ser, como el otro, un pájaro cuco.

—*Entonces* presiento que, de no morir ahorcado, morirá frito.

—Difícil lo veo. El alcalde, señor conde del Valle de Chuchil, lo prohíbe; más fácil es que muera ahorcado, como vaticinas. Observo que no conquistaste tu fama a humo de pajas.

—*Ne comprend pas ce de pajas.*

—Tu doncella quizás te lo explique con más detalles...

—¿Y qué te trae por aquí, *garçon*?

—Poca cosa. Conocer el porvenir de nuestros hombres cumbres.

—Pues escucha: En mi oráculo leo que para el próximo año 1940 seguirán vegetando los culpables de vuestro

desastre africano. En el año entrante seguiréis los españoles haciendo el indio a todo trapo. Romanones se tornará leal y dádoviso; el marqués de Lema aprenderá la Geografía de *carrerilla* y sabrá dividir por tres cifras; su cabeza de piedra berroqueña se llenará de ciencia hasta el occipital, y la enorme cantidad de carbonilla que hoy encierra tornaráse en fósforo químicamente puro. El Municipio mairitense, o *Gran Cámara frigorífica*



—Yo no soy como el señorito. No me gustan las que se pintan.

Dibujo de Unus.

del Reino, continuará siendo una sucursal del arca de Noé, con vistas a la plaza de la Moncloa. Preveo que Maura, Cierva, Piniés, Cambó, Lerroux, Romanones, y demás camelos que padeceís, la diñarán colgados de vigas, y serán pasto de los buitres, y...

—Perdona te interrumpo, madame; pero observe que estás *mochales* perdía.

¿Por qué, bellaco, morral?

—Porque te rezumas como un botijo. Tú no conoces a esos feligre es; y si los cuelgan, como dices, no serán pasto de alimañas, sino lo contrario: ellos serán los que se coman a los buitres. ¿No ves, cacho de francesilla, que tienen estómagos de *portland* y es esa su especialidad?

—¿Cuála, mon cher?

—El tregarse hasta el Ave Fénix; pues has de saber mi respetable embaucabobos, que para esos *gacheaux* no existe la veda.

Una carcajada metálica atronó el antro. Levantéme rápido, besé tres veces en la región lumbar a madame Judith, y salí pensando como el poeta:

¡Lástima grande
que no sea verdad tanto camelo!...

BLAS-KITO.

PARECERES



—¿A usted le parece bonito servir una ración tan insignificante?

—No, señor; no me parece bonito; me parece sardina...

Dibujo de DE DIEGO.

Biblioteca Nacional de España



—¿Por qué le das tan fuerte a esa americana?

—Porque me figuro que está mi esposo dentro.

Dibujo de GARRÁN.

DE COMPRAS



—Llévese esta camisa, que es muy suave.

—Sí; pero no es de fuerza.

—Señora... ¿está usted loca?

Dibujo de ESCUDERO.

¿QUE HACE USTED A LAS SIETE DE LA TARDE?

Entre las contestaciones a esta nuestra pregunta (la mayoría de las cuales han sido la otra pregunta: *¿A usted qué le importa?*), nuestra indiscreción puede ofrecer al lector las que son verdaderamente respuestas:

Franco Rodríguez.—A esa hora ceno.

Manuel Machado.—Aquí, con seis chatos.

Roso de Luna.—Hablo con los espectros del Ateneo.

Luis Esteso.—El ganso.

Valle Inclán.—Pensando en que Cervantes también era manco.

Unamuno.—Investigando la filosofía del Yo, del no Yo y del nadie más que Yo.

E. Carrère.—Unas carambolas verlainianas.

L. M.—Lavarme los pies.

Zamora.—Yo no tengo hora. Yo no tengo más que el cuarto de hora.

Bagaría.—A esa hora, nada. Yo sólo trabajo de sol a sol.

Penagos.—Salgo de *Maxim's*.

Tovar.—Tocar la pianola, que es la caricatura del piano.

Vázquez Díaz.—A esa hora tomo cerveza y hablo mal de los clásicos.

Juan Cristóbal.—Hablo bien de mí.

H. Catá.—Afeitándome.

Retana.—En la Academia de Niñas.

R. Lasso de la Vega.—A esa hora todavía no me he levantado.

Diego San José.—Magüer que non sé qué fago en tal hora.

Pedro de Répide.—De compras. Buscando una camiseta verde.

E. Noel.—Comiendo unos percebes y meditando sobre la raza.

Ribas.—El dibujo 325.º del día.

Bujados.—Pensando en la princesa Nadia.

Cansinos-Asséns.—Judío errante, yo deambulaba por el Viaducto, donde se suicidan mis elucubraciones, en esa hora ultra...

Hoyos y Vincent.—Es la hora verde... París, Picadilly, Niza, Estambul, los camellos de Oriente, y el cafetín de la calle del Salitre...

Pérez Zúñiga.—Estoy en el Casino de Autores. ¿Que esto no tiene gracia? Yo hago un chiste de todo: Como aquí los menos son autores..., estoy en el Casino de Autores...



Belda.—Un paseíto por el Botánico.

Coullant Valera.—Recorro las confiterías.

Ramón Peña.—Ultimo detalles para actuar en las islas Fidji.

Maestro Serrano.—Dedico mis horas a madurar el primer número del primer acto de *La Venta de los Gatos*, que me entregaron, diez y ocho años ha, los Quintero.

Elenita Jordi.—A esa hora recibo clase de castellano.

Artemio.—Me nutro en el Casino. Para mí, esa hora de cenar es un tiempo precioso.

G. de a Serna.—A esa hora no es hora de nada. ¿Quién sabe lo que es una hora? ¿Y media hora? ¿Y hora y media?... A esa hora pienso ya en la sopa al cuarto de hora...

Bartolozzi.—A esa hora salgo de casa de Calleja, y callejeo.

García Sanchiz.—Como siempre, charlar. Yo soy un *causeur*; hablo hasta por los codos.

Moreno Carbonero.—Es la hora negra.

Pérez de Ayala.—Escribo esos mis madrigales cerebrales.

Un ciudadano.—¿A las siete? Tres bocadillos, dos cangrejos, una ración de quisquillas, cuatro grandes de cerveza y otras cosas, para abrir las ganas de cenar.

Un ultra.—A tal hora llevo en el ojo una estrella...

Una peripatética.—Haciendo la carrera... de Peligros.

Un transeunte.—Esperando un tranvía para cenar a las once.

Un niño *bien*.—En la cola del Real Cinema. Pegado a la cola.

Un guardia.—Tomarme unas copas y descifrar un rompecabezas.

Una viuda.—Asomarme al balcón a ver si viene mi marido.

Un cesante.—A las siete me planto... en la Puerta del Sol. Es la hora del sablazo.

Una tobillera.—Pasear por la Carrera de San Jerónimo.

Un viejo verde.—Idem.

Un jugador.—Espero las siete y media.

RISITA.
Repórter.



—¿Adónde ves?
—A llevar este baúl.
—¿Qué baúl?
—¡Anda! ¡Pues se me ha olvidado!...

Dibujo de Tono.



El Gallo «tores» en América.

Un poeta «bien.»

Villa, con la buena música, se crece.



«Yo peso con mis obras mas que España.»

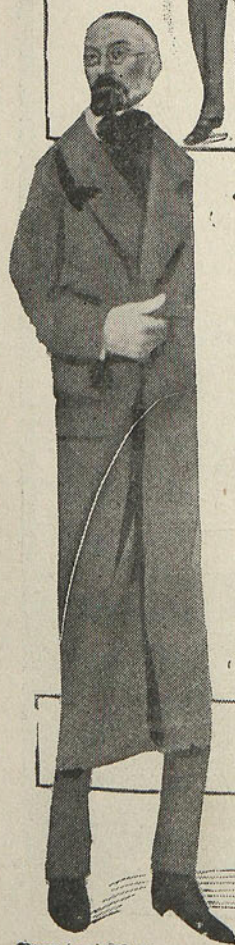
Fally, S. M. U. G. 1934



«Juventud, Egoísta.»



Aquí, tocamos la guitarra...



¡Aquí, encontré mi espejo!



¡En América engordé... aaah!



¡Hombre, allí hay un chato.!



HISTORIA CÓMICA DEL ALMANAQUE

Es tan oscura y complicada la historia del Almanaque, tan escasa de referencias en sus principios, que fácilmente se hace uno un *taco*... Pero, en fin, nunca falta un poco de erudición de almanaque, y, además, nada tan hacedero como disertar acerca de lo que no se entiende. Aparte de que no se entiende nunca de nada... «Saber es ignorar»; ya lo dijo el sabio, digo, el ignorante... El origen del Calendario (¡ejem!...) es antiquísimo: como que el calendario es cuenta de los hechos, y seguramente Adán tendría el suyo, que se agenciaría con hojas de higuera superpuestas, colgadas en la corteza de algún árbol.

El más primitivo calendario que se conoce es el que hay en el techo de la tumba de Ramsés IV, rey egipcio del siglo XIII antes de nuestra era (ya hemos roto almanaque desde entonces...). El lugar de este calendario jeroglífico es, realmente, raro; se nos antoja absurdo, porque pensamos que poco puede servir un almanaque a una momia. Váyale usted a un cadáver con charadas, lluvias, cuartos menguantes y ferias...

El calendario de la Roma antigua era un pedazo de madera o de mármol, de cuatro caras, con las cuatro estaciones, y anotados los días festivos, los trabajos agrícolas, las apariciones de planetas e indicaciones de cuáles eran los días favorables y cuáles los nefastos.

El almanaque era la enciclopedia de aquellos siglos. Apuntaba la edad del mundo; indicaba la jornada del Sol en el Zodíaco, la previsión de los temporales, ceremonias religiosas, conocimientos útiles, prescripciones legales, morales y medicinales; pesas, medidas, anécdotas, efemérides, recetas de cocina y versos de Grilo. Todo lo abarcaba. Caldeos y asirios eran sabios por su Almanaque. Por el verdadero, claro está; nada parecido a estos tarugos actuales, que no traen más que cantares cursis. El Almanaque genuino es la regularidad del mundo, el *reloj* del año, la *biblia* del Tiempo... Dios mismo se guió por un almanaque de siete días...

Cada pueblo, al organizarse, funda su calendario, porque el calendario es la memoria misma: conciencia en la ilusión de los hechos.

Rómulo, al fundar Roma, recoge la ciencia de los augures sabinos y organiza el año de diez meses, año cortito, que haría poca gracia a la gente, perjudicada en su edad... Numa, obedeciendo seguramente las quejas de los jóvenes obstinados, de algún senador verde y de las damas todas, perfecciona el tarugo de las kalendas. César colabora con Sosígenes y trae nueva reforma.

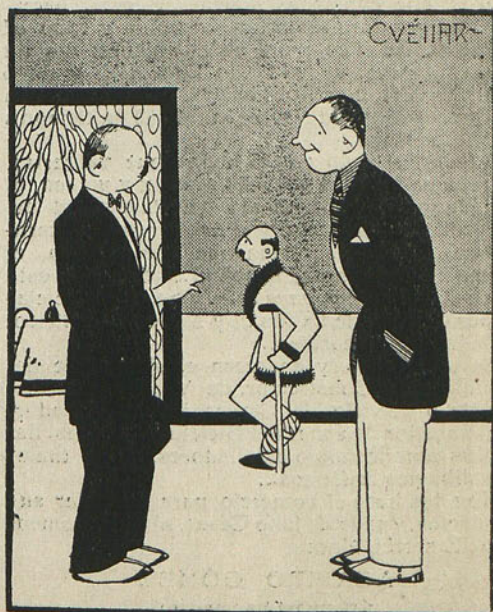
Los Papas armonizan el año de la tierra con el año del cielo, y un Gregorio decreta nuestro almanaque en uso. La Iglesia imprime el calendario en pergamino; el chisme del tiempo adquiere forma de libro, y en estas épocas cada día tiene uno o varios santos correspondientes. Desde luego que tantísimos bienaventurados no podían caber en el santoral, y a muchos, a muchísimos de ellos, por no estar en el calendario, sólo. Nuestro Señor los conoce. Las once mil

vírgenes, por ejemplo, no podrían acomodarse en trescientos sesenta y cinco días.

Viene la invención de la Imprenta, y se difunde el calendario, en papel pardo y más numeroso, con que se sustituye el pergamino. Cosa que se renueva tanto no debe ser apergaminada como rostro de vieja.

El Renacimiento humaniza el Almanaque, y ya no son solos los clérigos, sino los profanos, los que lo usan: los astrólogos, los médicos y los naturalistas lo hacen documento científico, y le incluyen horóscopos, vaticinios, conjuros, nigromancias y camelancias, dictámenes médicos, química, botánica, recetas, recomendaciones mágicas contra los dolores de muelas y para quitar lámparas, infundios históricos y rimas de poetas efímeros. Nostradamus, astrólogo famoso, forma el calendario que profetiza hechos históricos, que se cumplen; el cual nos haría falta hoy para estar al tanto de las crisis políticas como de los eclipses. Diríamos entonces levantando indiscretamente hojas anticipadas: «¡Caramba! El día 12 crisis total. Vamos, señor García, no lo niegue: el día 12 se va su señoría, y buen tiempo en toda España...»

Entre los almanques astrológicos, el más curioso fué el de un tal Maribas (1799), considerado muy extravagante. Decía los cálculos del tiempo y las fechas propicias para purgarse, contraer matrimonio, celebrar contrataciones, cortarse el pelo y las uñas, bañarse, sangrarse, destetar a los niños, viajar, etc., etc.



—¿Y cree usted que lo de mi tío es cosa grave?

—¡No! ¡Por ahora no hay cuidado de que estire la pata!

Dibujo de CUÉLLAR.



—Me han dicho, Pedro, que llevas una vida de juerga. Apréchate, que cuando te cases, te harán andar derecho.

Dibujo de Ess.

El almanaque de Franklin fué ya más razonable y autorizado: fué el verdadero científico, y, sobre esta base, surgió el *Almanaque de las Musas*, con canciones, sonetos, elegías, berriños, epigramas, rebuznos, epístolas y todo el Parnaso. En él colaboró hasta Voltaire; era de cantos áureos, editado bajo Luis XIV, y duró con Luis XVI, con Robespierre, en el Terror, en el Directorio y con Napoleón. Murió en tiempos de Víctor Hugo.

A fines del siglo XVIII el almanaque vulgariza la revolución, y es pequeña prensa; y vienen el almanaque de los Amigos del Pueblo, el del verdadero republicano y el del verdadero zaragozano... Hay un almanaque aristocrático, el Gotha, del que no sabemos ni... Sigue a esta clase el almanaque *para reír* (y a tan ilustre clase pertenece el de LA RISA), y siguen el satírico, el de las cien picardías...

Se pone serio, y aparecen el almanaque del Químico, del Constructor, del Vendimiador, del Zapatero de viejo, del Cervicero, del Cazador, del Pescador de caña, del Boticario... Y los llamados americanos o esfoliadores, y los titulados álbumes artísticos...

Hoy los hace el comercio para anunciar sus productos, y nada de Julio César, ni de Ptolomeo, ni de Einstein, sino:

AGAPITO GÓMEZ

ÚTILES DE ESCRITORIO

O

PÍLDORAS DEL DR. CARRASPERA

¡A lo que llegan las cosas con el tiempo, y más el Almanaque, hijo legítimo del Tiempo!

Ya no tiene importancia, y, generalmente, arrancamos al comprarlo todas sus hojas, violamos los chistes de diciembre, y el cartón lo usamos para sustituir un cristal roto y para hacernos unas vulgares plantillas...

JOSÉ BRUNO

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Un diputado, a quien no hay que nombrar, se halla enfermo de apendicitis.

Ha hecho que vayan a visitarle tres doctores y un cirujano, todos de fama, para someterles su caso y saber si debe ser operado o no.

El examen es largo y detenido; más prolongada aún la deliberación de los cuatro técnicos, durante la cual el paciente ve, sin maldita la gana, la perspectiva de una operación.

Por fin los médicos y el cirujano vuelven a penetrar en la alcoba.

—La operación puede ser evitada...—declaran los médicos.

—No es tal mi opinión, repito—ha dicho el cirujano—; hay que operar.

—Tres voces en contra; una en pro—concluye el diputado—. Por mayoría, la operación queda rechazada... Se levanta la sesión... Dame los pantalones.



—¿Qué, vienes al cine que han puesto en el túnel de ahí abajo?

—Te vas a ver negro.

Dibujo de GARRÁN.



Ya se encuentra sobre el tapete de la actualidad el tema de las Pascuas. Y decir Pascuas todos sabemos que es decir juguetes, y comedias de magia, y calor de hogar, y espléndidos turrones, y amables escaparatados que tientan a los ojos, y aguinaldos no tan amables, pero que también tientan, por lo menos a los bolsillos... Y decir Pascuas es decir, sobre todo, pavos. Porque el pavo forma, con las macizas montañas de turrón, el dúo nutritivo que en estos días de jolgorio se encarga de indigestar a los millares de españoles desilusionados por los desdenes de su majestad el de los quince millones.

El pavo es un motivo capital de la vida española en estas jornadas en que el año viejo nos dice *abur* y en que el nuevo año nos dice *saluqui*. La lotería de Navidad, primero; la que llaman *del Niño*, después, son el sostenimiento espiritual, la ilusión y la esperanza del pensamiento. El pavo es, complementariamente, el sostenimiento material, la ilusión bendita y la risueña esperanza del estómago...

El pavo es un motivo amablemente decorativo y esencial en la calle durante estos días grises de diciembre. Es algo tan de estas jornadas de regocijo como el ruido de las profundas y graves zambombas, y como la promesa suculenta de los escaparates de cosas, que tienen, por el deficiente estado económico de todos los españoles, el utópico nombre de comestibles. Y aunque muchos tengamos que suprimir de nuestras bocas—¡oh el eterno dolor del deseo vencido por la realidad!—la tentadora maravilla del pavo, no podemos suprimir de nuestra vista y de nuestro ambiente en los días del ágape navideño la magnífica visión de aquella ave magnífica...

Y, sin embargo—a pesar de que el espectáculo del pavo es algo imprescindible y enternecedor en las horas de diciembre—, el pobre animal no recibe los elogios que tan indudablemente merece. Porque—confesémoslo—de él se habla con lástima, con ironía, con *chunga*, con pena crue y regocijada. En cuanto es visto un grupo de pavos, un mismo pensamiento egoísta y burgués cruza por todos los contempladores. ¡Pobres pavos, a los que hoy llenan el orgullo y la ufanía, y que mañana serán ellos los que llenen—y no de orgullo y de ufanía precisamente—los estómagos de los hombres satisfechos!... A costa del pavo se hacen hoy los chistes más crueles y más lamentables, y lo menos que se les dice es que su porvenir es *pavo...roso*. Todos sabemos también lo que es llamar *pavo* a alguien.

Los elogios, los respetos y las admiraciones

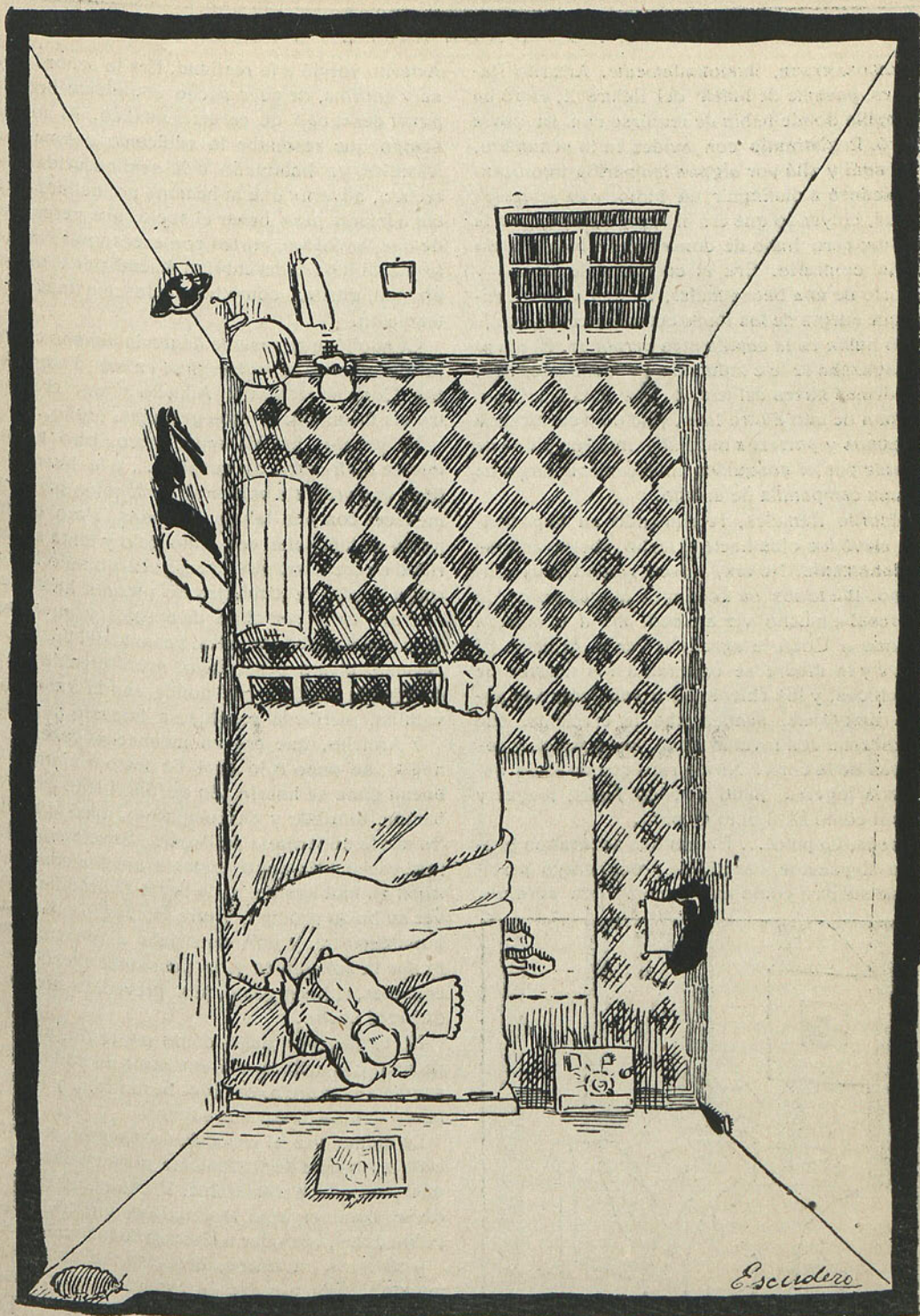
no son para este pobre pavo de diciembre, sino para el otro, para el orgulloso y el magnífico, para el lujoso y el envanecido, para el pavo real... Este último, el que parece tener por su nombre un solemne abolengo monárquico, inspira lienzos, y decoraciones, y lirismos. El otro sólo inspira chistes, humorismos, compases.

Y mientras el ave monárquica es siempre un constante tema de belleza y comentario, el otro infeliz sólo es recordado, y no por su belleza, en los días finales del año. Y, sin embargo—digámoslo ya—, el pavo humilde es también merecedor de elogios, respetos y admiraciones. En primer lugar, porque es bajo y pequeño, porque es democrático y de la calle; no busca los lujosos jardines ornamentados del otro, que sólo quiere para su hermosura lugares de maravilla. El pavo humilde es del arroyo, y en ello marcha conforme a los últimos ritmos sociales, que no quieren pomposas majestades, sino sentimientos democráticos...

¿Que este pavo no es bello, que no tiene la elegancia suntuosa del otro? ¡Bah! La belleza no está siempre en el lujo, y, además, si este pavo no tiene la pellicroma vistosidad del otro, tiene en su sencillo ropaje dos admirables colores de símbolo: el rojo y el negro. Rojo y negro, como la novela de Stendhal, como el crimen y el misterio, como los labios y los ojos de las mujeres. Rojo y negro, como las divinas mentiras que las mujeres ponen sobre sus labios y sobre sus ojos para engañarnos amablemente: sombra falsa en las ojeras y púrpura artificial en las bocas... Y rojo y negro también, como, ¡ay!, los colores trágicos de la ruleta...

Y, sobre todo, aparte de lirismos e imaginaciones, el elogio supremo del pavo está en él mismo, en el valor admirable que adquiere en estos días en que gimotean algunos poetas cipreses. ¡Qué gran poder de convencimiento adquieren, aun para los románticos más enemigos de la prosa, las sabrosas realidades de un pavo que unas pesetas pueden hacer nuestro!... Y, además, para nosotros, los españoles, los pavos debieran tener otro valor: un valor de espejo vivo, porque esto mismo que hoy hacen los pavos hacemos siempre, desde hace mucho tiempo, los ciudadanos españoles: ir—no tan cebados como ellos, pero sí con su misma inconsciencia—adonde nos lleven, todos juntos, sin una protesta, con un total desconocimiento del sitio adonde vamos y con una maravillosa buena fe en el pavorero que nos guía...

JOSÉ MONTERO ALONSO.



LA CHINCHA.—¡Cualquiera es la valiente que baja ahora!...

Dibujo de ESCUDERO.

SIGILOSAMENTE, ilusionadamente, Arturito Rames, pasante de bufete del ilustre X, entró en la capilla donde había de reunirse con su novia Cocó. Registrando con avidez en la penumbra, rota aquí y allá por alguna lamparilla agonizante, alcanzó a distinguir un bulto, y en su busca se fué, creyendo que era el amado cuerpo de la amada; pero hubo de convencerse bien pronto de lo contrario. Era el cuerpo voluminoso y amorfo de una buena mujer, vestida vulgarmente, que surgía de las losas como un catafalco.

No había en la capilla más personas. El silencio aguzaba la fe e inducía a la meditación. En las demás naves del templo, con más fieles, pululaban de uno a otro lado, y se oían cuchicheos piadosos y portazos melifluros, interrumpidos de repente por el cosquilleo místicamente largo de alguna campanilla de acólito.

Arturito Rames, reprimiendo su impaciencia, elevó los ojos hacia el techo, abstrayéndose profanamente. No era, a decir verdad, muy religioso. Iba todos los domingos a misa porque le interesaba mucho ver a Cocó. Iba a la novena porque a Cocó le agradaba ver a Arturito. El padre y la madre se oponían a los amores de los chicos, y los chicos, para satisfacer sus ansias amorosas, sentían una fe creciente, que amenazaba con invadir todos los templos y capillitas de la corte. No es raro que en estos sagrados lugares, junto al Niño Jesús, juegue y sonría como Él el niño Cupido.

¡Jesús, Cupido!... En los dos soberanos pensaba el pasante, cuando de pronto creyó percibir un suspiro como un cañonazo con sordina.



—¡Dios mío, qué pesadez siento de cab. za!...

Dibujo de OLASO.

Arturito volvió a la realidad. Era la señora obesa y enorme, de cuyo pecho abundante brotaba aquel desahogo de carácter místico. Al mismo tiempo que resonaba la edificante detonación, Rames, ya habituado a la semioscuridad del recinto, advertía que la beatona se inclinaba hacia adelante para besar el suelo, sin percatarse de que las faldas, cortas con exceso por mandato de la moda, descubrían buena parte de las piernas, gordas, como hinchadas, sin línea y sin tentación.

Condolióse el pasante de tan lastimoso espectáculo, y tornó a sumergirse en sus divagaciones. Cocó se retrasaba. Aquello sí que era una mujer: menudita, de ojos gránujas, pecho...

De pronto, brutal, apocalíptico, otro trueno que se disfrazaba de suspiro..., y la buena señora que volvía a postrarse de hinojos para humedecer con sus labios las losas. Pero de tal modo se inclinaba, con tanto celo y tanta sinceridad de creyente, que aquella vez, no sólo llegaron a quedar descubiertas las piernas hasta las corvas, en un remolino de encajes y puntillas, sino que Arturito Rames, pasante del ilustre X, alcanzó, bien a pesar suyo, a ver crecida parte de aquella región carnal donde, según frase cervantina, pierde la espalda su honesto nombre.

Y Arturito, que era un muchacho decente y tímido, se puso rojo cual un fruto riojano. De buena gana se habría ido de allí. Lleno de turbación, aturdido y descompuesto, miró el reloj. Su novia no tardaría en llegar.. Si veía *aquello*, ¡qué escena! En aquel instante precisamente entraba un monaguillo, y la beata descendía otra vez su busto pródigo, y otra vez besaba la tierra humildemente, y otra vez dejaba al descubierto lo que la honestidad y, en ocasiones como la de entonces, el buen gusto, han prevenido siempre que esté oculto.

El monaguillo salió como un ratón, muerto de risa, y la señora, sin enterarse de nada, proseguía suspirando, orando, besando... y levantando con su fervor sus sayas.

La quinta vez el espectáculo empezó a parecerle a Arturito decididamente pornográfico. Lo que veía era ya intolerable. Y entonces, sin poderse dominar ante la religiosa unción de la pobre dama, acercóse a ella y gritó más que dijo:

—¡Señora, repórtese; descienda a este bajo mundo, y arréglese esas ropas! Porque, para su debido conocimiento, debo decirle que todo lo que gana con sus rezos por delante ¡lo está perdiendo por detrás!—E. RAMÍREZ ANGEL.

Del amor, de los niños, de las niñeras y de los militares sin graduación

Paseos públicos, plazas arboladas, parques y jardines, sirven, todos lo sabemos, para que los desocupados tomen el sol, para que realicen con pulcritud y economía el celebrado timo del paquete, para justificar algunas plazas de guardas—sin nada que guardar—, hasta para solaz de los niños; pero tienen reservada una misión trascendental, de la que hoy hemos de ocuparnos: la de ser escenario adecuado para que en ellos triunfe el amor en figura de niñeras y soldados.

A falta de tés del *Palace*, o de sesiones de patinar, o del *cine* acogedor y celestinesco, paseos y plazas y parques son el palenque de sus torneos galantes, el salón de sus horas de sociabilidad, el puerto de embarque para bogar, alguna vez, alguna rara vez, hasta las tranquilas playas de la Vicaría.

Parques, plazas y paseos, debe ser la obsesión de soldados y niñeras. Si los primeros, al llegar la hora de salida, roban el peine al vecino de dormitorio, y un botón al compañero de más allá, y los guantes a otro más lejano, es sólo pensando en aparecer mejor ante la niñera—cualquiera niñera— que encontrarán en un paseo cualquiera aquella tarde. Y si ellas dejan caer al niño desde el balcón del segundo, o cometen un desliz semejante, o se apoderan de los pañuelos y los perfumes de la señorita, es por estar tan distraídas, tan embelesadas, con la hora mágica del paseo, que sueltan lo que tienen en la mano y cogen lo que no debieran tomar.

El amor en esta clara se es poco exigente. Le basta un árbol, un banco, o una parte reducida del mismo, para los dos y un niño. Porque el niño, que tanto estorba después, es indispensable al principio.

Su proceso amoroso es simplista. Como la niñera quiere al soldado, no a un soldado, y éste a la niñera—no a tal determinada—, el primero que aparece es el que corresponde a la primera que espera. Lo demás son detalles, accidentes.

Un banco, o la barandilla de un estanque, nivela sus posiciones. El niño es el vínculo, el medio de relación.

Recostados en la misma barandilla, o sentados en el mismo banco, cada uno parece olvidar la presencia del otro. El militar se siente interesado por la criatura, a la que mira con complacencia, mientras aquella corretea describiendo círculos cuyo centro es la niñera. Como esos círculos van disminuyendo de radio, llega a pasar cerca de la pareja. El soldado aprovecha una de estas ocasiones. Le llama sonriente. El niño se siente perplejo. Marte llamándole en Recoletos o el Retiro se le antoja inaudito. Se acerca, al fin, deslumbrado por el prestigio del uniforme, y el soldado, que quiere mostrarse ingenioso ante la joven, le pregunta su nombre. Vacila el pequeño, y la intervención de la niñera se impone. Con gravedad forzada contesta por el

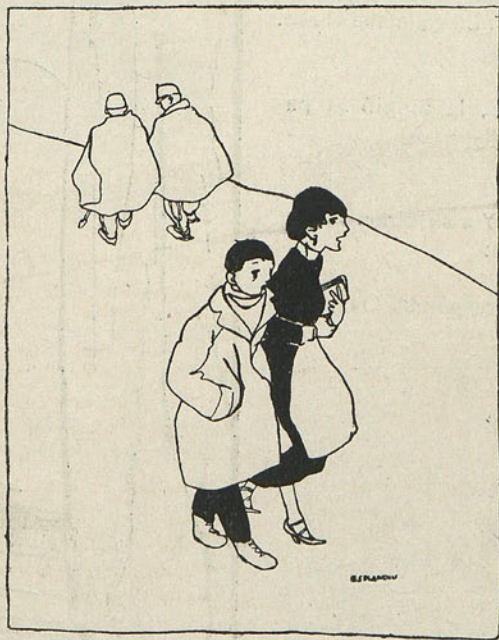
chiquitín; y el militar, por si Carlos o Ariuro es un nombre bonito, se cree en el caso de llamar simpática a la niñera y agregar que tiene unos ojos más negros que el patio del cuartel a media noche. Y ya está. Ya la chispa del fuego turbador ha prendido bajo la guerrera, tras el peto del albo delantal. La sinfonía ha empezado. El resto del programa se irá desarrollando en tardes sucesivas, ya en un banco más lejano, ya bajo la arboleda frondosa, ya al abrigo de una valla.

Y cuanto más cercanos estén los amanes, más distanciado se encontrará el niño. Los mimos de los primeros días se han trocado en amenazas por su presencia próxima.

..... Otro aspecto del galanteo doméstico-militar es el que podríamos llamar el comunismo amoroso. Lo constituye ese grupo de soldados que todas las tardes se acerca al mismo grupo de niñeras y departe con ellas, sin que llegue nunca a desglosarse el grupo en parejas. Deben sentir una gozosa inquietud no sabiendo quién corresponde a quién.

Si los cupos militares van aumentando, debe preocuparse el Ayuntamiento de ensanchar los paseos públicos. De otro modo podría alterarse el orden, ya por una huelga de soldados pidiendo niñeras, o por un asalto de éstas a los cuarteles.

LUIS MANSO.



—Ruperta, ¿también eres tú de Caballería?

—¡Pero hijo! ¿Cómo dices eso?

—¡Como han dicho esos militares al pasar: «Vaya con Dios l'arma mfe!...»

Dibujo de ESPLANDIU.

El aprensivo Gaspar.

IMITACIÓN DE LUIS DE VAL

Era la noche anterior al día de la ejecución.

Corrían las horas. Pasaba la madrugada. El infortunado Gaspar yacía en el mísero jergón que le servía de lecho. No hablaba nada.

Con la cabeza entre sus manos, parecía meditar, arrepentido de su horrendo crimen.

No era para menos. Lo mataban por haber asesinado a su ama. A su ama de cría. A la que le dió el pecho en su infancia. A la que lo crió. A la que satisfizo sus precoces hambres.

¡Ah!...

El hermano de la Paz y Caridad, viendo aquel cuadro tan terrible, sentía que el corazón se le saltaba. Y daba gracias a Dios por aquellas visibles pruebas de arrepentimiento. De pronto, oyó un suspiro de angustia. Lo exhalaba el reo. El reo de muerte.

¡Ah!...

No pudiendo contenerse, le dirigió la palabra. Y le dijo:

—¡Desdichado!

Y nada más.

Y el reo volvió a gemir. Y a suspirar.

Y el hermano le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Que estoy muy malo —respondió Gaspar.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—¿Qué te pasa?

—Que me duele la cabeza.

—No te preocupes.

—¿Por qué?

—Yo te daré un sello.

—¿Un sello?

—Sí.

—¿De qué?

—Pues de aspirina.

—Muchas gracias.

—¿No lo quieres?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque esos sellos son muy enfermizos.

—¿Es posible?

—Atacan al corazón.

—¿Y qué te importa?

—Mucho.

—¿Cómo?...

—Que lo primero de todo es la salud.

Y volvió a suspirar. Y volvió a gemir. Y mientras se oían los golpes de los que elevaban el patíbulo, el hermano de la Paz y Caridad pensaba. Y se decía:

—Tiene razón el condenado a muerte. ¡Lo primero de todo es la salud! ¡No hay que perderla, aunque se pierda la vida!

Por la imitación,
JUAN LÓPEZ NÚÑEZ.

BRONCA ENTRE ALPINISTAS

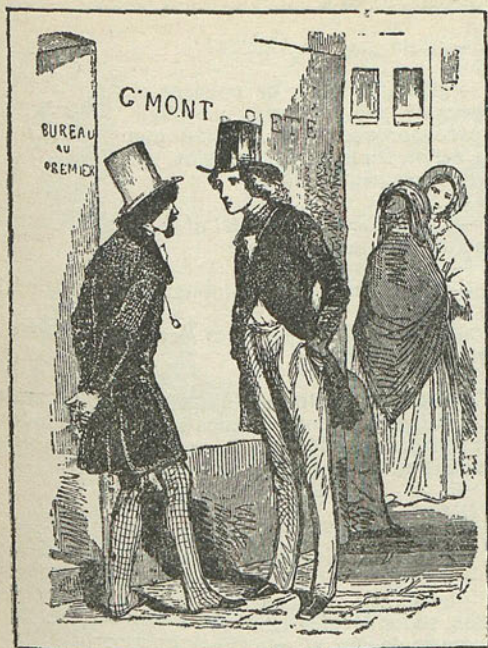


—¡Como suba, le mató!...

—¡Como baje, me le meriendo!...

Dibajo de Ess.

UN MÁRTIR



- ¿Qué tal estás, Rodolfo?
- Pésimamente; vengo padeciéndolo del estómago.
- ¿Malas digestiones?
- ¡Cá! ¡Ni malas ni buenas!

Dibujo de GAVARNI.



Dibujo de DAUMIER.

EL SANTO DEL PADRE

LA SUBIDA DEL PAN... EN 1865



- Anteayer te dí una onza y dices que ya no tienes un real. ¿Se puede saber en qué la has gastado?
- En la casa. Todo está muy caro. ¡Figúrate que se ha subido un cuarto el pan!...

Dibujo de ORTEGO.



- ¡Qué demonio! ¡Un día es un día!

Dibujo de MECACHIS

INTERVIEW SIMULTANÉISTA

—Oiga, Central.
—...
—342-6 X.
—...
—¿Cómo?
—...
—Diga.
—...
—Sí; el Sr. Francos Rodríguez.

—¿Que está comiendo?
Que aproveche...
Rrrrrr.

—¿Quién? ¿Es el 606-5?
—...
—¡Cómo! ¿Otra vez come?

—No; no quiero nada con el señor Millán;
póngame con el señor Presidente... (Pausa.)

—Diga, señor Presidente...

—Una interview.
—Sí, señor; muy rápida.
Yo también tengo mucho que hacer. Ando en un asunto muy delicado, de muchísimas responsabilidades.

—Sí, señor; allá va mi pregunta, que, como a su señoría, debo hacer a otras personalidades conocidas. Diga: ¿qué proyecta su señoría para el año 1923?

—No se oye.

—Bien.

—¿Y contra qué va su próximo proyecto?
¿Contra el turrón de Pascuas? ¿Va su señoría a disolver el turrón de frutas?

—Muy bien; el país espera que le salve o le haga la pascua.

—Servidor de usía. Reconocidísimo.

—¡Central! 48-6-Y griega. (Pausa.) Central: póngame en circuito con la *Chelito*.

—¿Qué? ¿Cómo?

—¿Que está acostada aún? No la turbe. Sueña con su *cabaret*, y con el encarnado, y con aquel negro...

—Central: 65-6-W.-C. (Pausa.)

¡Pero, señorita Central! ¿Con quién me ha dado comunicación? ¡El 11-26 ahora!

—¡Caramba! ¡Domicilio del señor Répi...!
¡Central, corte!

Rrrrrr.

—¡Oiga, oiga, Nicanorita!: 492-1-A. (Pausa.)

—¿Está el señor Alcalde?

—...
—¿Hace el honor de ponerse al aparato? ¡Ah, mientras no llega, deseo aprovechar la ocasión con el señor Director de Tranvías, ya que se encuentra ahí...

—Diga, una pregunta del año: ¿por qué se paran ustedes tantas veces?

—¡Memorias de los autobuses y del «Metro»!

—¿Que está con usted el *Rey de la luz eléctrica* de Madrid?

—Oiga, señor, lo que dijo Goethe: ¡Luz, más luz! ¡Cómo se llevan ustedes la *luz*! Felicidades en el próximo año, y que se realice su negro sueño de dejarnos a oscuras.

—(Pausa.)

—¿El señor Alcalde?

—Le saludo. Felices Pascuas, señor Alcalde. Una pregunta fin de año: ¿Cuándo se hundirá la Puerta del Sol?

—¿No? Bueno; Dios no quiera. ¿Ha visto su señoría cómo están esas calles de barro? Con ese barro le van a levantar a su señoría la estatua.

—¡Central! Póngame con el Ateneo. (Pausa. Ruido de cacharros.) ¿El señor Ossorio?...

—Voy a molestarle un momento: interview telefónica, con interrupciones, como los discursos de su señoría. ¿Qué me dice de su vida en 1922?

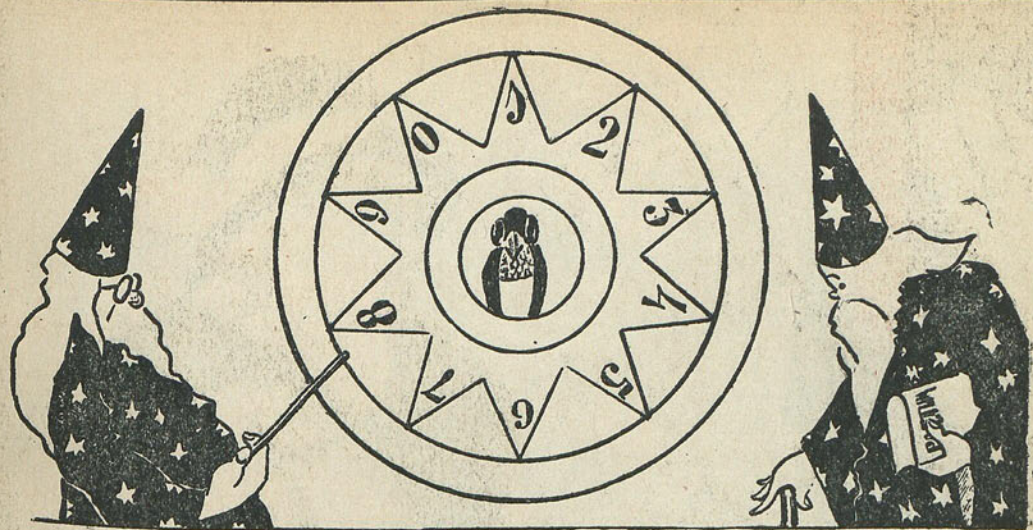
—La crisis del Ateneo, ¿eh? ¿Verdad que parece el Ateneo radical de la calle de Pizarro?

—¿Cómo? ¿Que está con su señoría el Rector de la Universidad?

—Dígame: ¿Cuándo empiezan las vacaciones de Pascua?

Interrupciones crecientes... Deseo comunicar con 24-12-Salamanca, o sea el Sr. Unamuno, y preguntarle si Sócrates o Pericles... Deseo preguntar al señor Cadenas cuándo enviuda el príncipe... Necesito para mis «entrevistas» otras muchas e interesantes preguntas; pero está el servicio telefónico tan lamentable, que tiro el auricular y doy a las cajas estas cuartillas, arrugadas por la indignación de un periodista contra la anomalía normal de los servicios.

RISITA.
Repórter.



PREGUNTAS

- 1.—¿Tardará mucho en salirme un novio (o novia) de mi gusto?
- 2.—¿Me puedo fiar, o me la están dando con «gruyères»?
- 3.—¿Son ciertas mis sospechas?
- 4.—¿Seré rico alguna vez?
- 5.—¿Qué destino me reserva este año.

RESPUESTAS

- 10.—No lo esperes. Te casarás con el primero que salga... ¡y gracias!
- 11.—Eso depende de ti. Procura estrenar un traje y es tuyo.
- 12.—Hay una morena que por ti hace números; pero tiene una mamá... que hace más números todavía.
- 13.—No te fies de las rubias y ya verás como te sale una morena que ni pintada.
- 14.—Sí, los novios abundan. El caso es que se dejen coger...
- 15.—Te casarás con una vieja fea y por añadidura borracha.
- 16.—No lo creas. A ti las novias te salen como a quien le sale un grano.
- 17.—Te saldrá uno, pero más valiera que te hubiera cogido un tranvía.
- 18.—Pero ¿con esa cara?
- 19.—Tienes a tres si caen o no caen... Yo creo que no caen.
- 20.—Pero ¿qué las das? ¡Si la tienes loca!
- 21.—No seas desconfiado. Muchas veces vale más creer, aunque te llamen primo.
- 22.—No te fies. Mira que las hay de abrigo.
- 23.—¡Qué preguntón! ¡Si tú no tienes derecho a desconfiar!...
- 24.—Sí. Hasta la enajenación.
- 25.—Parece mentira que lo preguntes. ¿No tienes pruebas?
- 26.—Te quiere... ver ahorcado.
- 27.—Ten cuidado, que pretenden tomarte el pelo.
- 28.—No; pero en cambio hay otra persona que piensa en ti: ¡el casero!

- 29.—Sí; eres el rey de la suerte.
- 30.—Vigila y calla.
- 31.—No hagas caso. Eso te lo dicen los amigos por hacerte «de rabiar».
- 32.—Cierffsimas. Cómprate una «star».
- 33.—Sí, hombre, sí; estás haciendo el «canelo».
- 34.—Tan ciertas, que no sabemos por qué las llamas sospechas.
- 35.—No hagas caso. Esas son tonterías.
- 36.—Cambia el disco. Ya has preguntado varias veces lo mismo.
- 37.—Ponte en *guardia*.
- 38.—Puedes vivir tranquilo. Está bien seguro.
- 39.—No te preocupes y déjate llevar.
- 40.—Te aguarda un porvenir muy brillante. De joyero...
- 41.—Cuando menos lo esperes.
- 42.—Riquísimo... en ilusiones.
- 43.—En cuanto se muera un pariente de quien no te acuerdas.
- 44.—Te tocará la Lotería, pero tienes que jugar.
- 45.—Harás una gran fortuna vendiendo castañas asadas en el Polo Austral.
- 46.—Morirás en la cárcel por ambicioso.
- 47.—No; tú no has nacido para eso.
- 48.—Lo serás, pero te aguarda una muerte muy negra. Morirás en un túnel.
- 49.—En cuanto Romanones debute como bailarina.
- 50.—Una suerte loca. ¡Ya verás... ya!
- 51.—Sufrirás una emoción muy fuerte. Alégrate.
- 52.—Un destino de «oficial quinto» aunque te parezca extraño que puedas ser a un tiempo «quinto» y oficial.
- 53.—La de siempre. Esperar...
- 54.—Saldrás con las manos en la cabeza.
- 55.—Harás una buena amistad, que te proporcionará dinero... ¡Cosa rara!
- 56.—La «tizná».
- 57.—No sueñes. Lo de siempre.
- 58.—Muchas alegrías y ningún dinero.
- 59.—No será malo, pero podía ser mejor.

MODO DE HACER LAS PREGUNTAS.—Búsquese en el cuadro de PREGUNTAS la que más convenga, y después hágase girar el dedo rápidamente sobre la estrella. Anteponiendo el número de la pregunta al que salga al azar, búsquese en el cuadro de RESPUESTAS la que corresponda. Esta clave sirve para los dos sexos. Basta aplicarse la respuesta cambiando los géneros.



LA MAMÁ. - Mire, don Homobono: Este niño es de lo más desobediente... Regá-
nemelo usted, porque si no no habrá medio de que se enmiende.

EL MAESTRO. Vamos a ver, niño: ¿Por qué te metes el dedo en las narices?

EL NIÑO. - Porque me cude...